

Brillar como Luces en la Noche (Cap 5)

Contemplar el cielo nocturno en una zona remota revela innumerables estrellas, incluyendo la espectacular banda de luz de nuestra galaxia, la Vía Láctea. Es una experiencia memorable que nos permite meditar sobre la vastedad del universo de Dios. También nos recuerda nuestra esperanza del cielo, que es quizás la razón por la que las Escrituras se refieren metafóricamente al pueblo de Dios como estrellas. A Abraham se le promete que sus descendientes serían tan numerosos como las estrellas (Génesis 15:5; 22:17), y el cumplimiento de esta profecía se menciona repetidamente a lo largo de las Escrituras (véase, por ejemplo, Deuteronomio 1:10; 10:22; 1 Crónicas 27:23; Nehemías 9:23; Hebreos 11:12). Daniel 12:3 dice: «Los que muchos la justicia habrán enseñado» brillarán «como las estrellas». Jesús usa imágenes similares al comparar a Sus seguidores con «una ciudad asentada sobre un monte» (Mateo 5:14) y con «la luz del mundo» (versículo 14). En todos estos casos, cuanto más oscuros los alrededores, más brillante la luz. Así, Pablo nos insta a «brillen como luminares en el mundo» (Filipenses 2:15). A medida que la moralidad declina a nuestro alrededor y las condiciones en la tierra se vuelven cada vez más oscuras, Dios llama a Su pueblo a brillar:

«Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz,
y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti.

Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra,
y oscuridad las naciones;
mas sobre ti amanecerá Jehová,
y sobre ti será vista su gloria» (Isaías 60:1, 2).

El siguiente versículo indica el propósito de Dios en este llamado y el glorioso resultado:

«Y andarán las naciones a tu luz,

y los reyes al resplandor de tu nacimiento» (versículo 3).

Comentando sobre este versículo, Elena White describe un poderoso movimiento misionero que tendrá lugar al final del tiempo:

Entre los habitantes de la tierra, esparcidos por todas las tierras, hay quienes no han doblado la rodilla a Baal. Como las estrellas del cielo, que aparecen solo de noche, estos fieles resplandecerán cuando las tinieblas cubran la tierra y la oscuridad profunda a los pueblos. En la África pagana, en las tierras católicas de Europa y de América del Sur, en China, en la India, en las islas del mar y en todos los rincones oscuros de la tierra, Dios tiene en reserva un firmamento de escogidos que aún resplandecerán en medio de las tinieblas, revelando claramente a un mundo apóstata el poder transformador de la obediencia a Su ley. Incluso ahora están apareciendo en cada nación, entre cada lengua y pueblo; y en la hora de la apostasía más profunda, cuando Satanás haga su esfuerzo supremo para que «a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos» reciban, bajo pena de muerte, la señal de lealtad a un falso día de reposo, estos fieles, «irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha», «brillarán como luminares en el mundo» (Apocalipsis 13:16; Filipenses 2:15). Cuanto más oscura sea la noche, más brillantemente resplandecerán.¹

A medida que el mundo se vuelve más oscuro, «en medianoche oscuridad, casi completamente entregado a la idolatría»,² el pueblo de Dios debe brillar más y proclamar el mensaje en tonos aún más fuertes y confiados, lo que lleva a una clara separación entre el remanente de Dios:

«Cuando multitudes de falsos hermanos se distingan de los verdaderos, entonces los ocultos se revelarán a la vista, y con hosannas se alinearán bajo el estandarte de Cristo. Aquellos que han sido tímidos y desconfiados de sí mismos se declararán abiertamente por Cristo y Su verdad. Los más débiles y vacilantes en la iglesia serán como David —dispuestos a hacer y atreverse. Cuanto más profunda la noche para el pueblo de Dios, más brillantes las estrellas».³ Este tiempo de separación parece también estar descrito en Daniel 12. Al tiempo del fin, los justos y los impíos aparecen en marcado contraste. El ángel dijo al

profeta: «Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. Muchos serán limpios, y emblanquecidos y purificados; los impíos procederán impíamente, y ninguno de los impíos entenderá, pero los entendidos comprenderán» (Daniel 12:9, 10). De manera similar, se le dice a Daniel que «los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad» (Daniel 12:3).⁴ Estos poderosos testigos revelan «el poder transformador de la obediencia» a la ley de Dios.⁵ La luz descrita es la luz de la gloria de Dios, que es Su carácter, Su justicia (Éxodo 33:18, 19; 34:6, 7; Salmo 97:6; Isaías 62:2; Juan 1:14). Isaías 62:2 describe al pueblo de Dios con la gloria del carácter de Dios:

«Y verán las naciones tu justicia,
y todos los reyes tu gloria;
y te será puesto un nombre nuevo,
que la boca de Jehová nombrará».

Este nombre es «JEHOVÁ, JUSTICIA NUESTRA» (Jeremías 33:16).⁶

Trabajando lo que Dios obra en nosotros

Pablo explica a los Filipenses cómo funciona esto. Primero, sin embargo, es esencial recordar que la justicia de Dios se define por Su ley, que expresa los principios morales de Su gobierno.⁷ Dios dice:

«Oídme, los que conocéis justicia, pueblo en cuyo corazón está mi ley» (Isaías 51:7). Revelamos el carácter de Dios mediante la obediencia a Su ley, la cual está escrita en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Jeremías 31:33; Romanos 2:15, 26–29; 2 Corintios 3:3, 17, 18).

Por eso Pablo, al hablar de la obediencia, dice: «ocupáos en vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Filipenses 2:12, 13). Es imposible separar la salvación de la obediencia como si no hubiera relación entre ambas. La obediencia no nos salva, ni seremos salvos sin ella. No somos salvos por obras, ni

por nada que provenga de nosotros (Efesios 2:8, 9); en cambio, debemos «ocuparnos» en nuestra salvación haciendo la voluntad de Dios, obedeciéndole, lo cual solo es posible por el hecho de que Dios obra en nosotros (Filipenses 2:13). Pablo enfatiza repetidamente que nuestra obediencia es obra de Dios: «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Efesios 2:10). «Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu» (Romanos 8:3, 4). «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2:20). «Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irrepreensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará» (1 Tesalonicenses 5:23, 24).

Por lo tanto, la obediencia es obra de Dios en nosotros; no podemos atribuirnos ningún mérito porque es la presencia y el poder de Dios obrando en nosotros por el Espíritu Santo. La obediencia es tanto una obra de la gracia de Dios como el perdón. No podemos hacer nada para ganar la salvación. La justicia es un regalo completo —el perdón y la justificación que cubren nuestros «pecados pasados» (Romanos 3:25) y la santificación por la cual el Espíritu nos capacita para obedecer. Ellen White lo expresa bellamente: «Así que no tenemos nada de qué jactarnos en nosotros mismos. No tenemos motivo para la autoexaltación. Nuestra única base de esperanza está en la justicia de Cristo que se nos imputa, y en la que Su Espíritu obra en y a través de nosotros».⁸ La gente puede ponerse comprensiblemente nerviosa al leer que debemos «ser irreprensibles y sencillos,... sin tacha» (Filipenses 2:15). Sin embargo, no hay necesidad de preocuparse, ya que todo esto sucede porque Cristo vive en nosotros a través del don del Espíritu Santo. Pablo expresa absoluta confianza en que «El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará» (Filipenses 1:6, NASB). No hay razón

para que seamos menos confiados. Todas estas promesas de Dios son seguras, como también afirma Pedro: «dado preciosísimas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia» (2 Pedro 1:4). El propósito establecido de Cristo es presentar «para sí una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha» (Efesios 5:27). Sabemos que esto sucederá porque Dios lo predice en la profecía. Juan vio la iglesia de Dios del tiempo del fin, preparada por los mensajes de los tres ángeles para la Segunda Venida: «Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús» (Apocalipsis 14:12). «Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna» (Santiago 1:4). Así es como el pueblo de Dios se destacará en contraste con la oscuridad y la corrupción del mundo que los rodea, «sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo» (Filipenses 2:15).

Notemos que Pablo explica aún más específicamente lo que significa para nosotros brillar. No es solo vivir correctamente, amar a Dios y amar a los demás, por importante que sea, sino «asiendo firmemente la palabra de vida» (Filipenses 2:16, KJV). Compara la palabra de Dios con la fuente de la vida real, la vida eterna, y debemos extenderla, mantener su verdad en alto, como una luz o una lámpara para que la gente vea el camino que lleva a la vida (Salmo 119:105).⁹

La Palabra de Dios como «la palabra de vida»

Hay algo misterioso en cómo funciona la salvación, como nos recuerda el himno: «No sé cómo esta fe salvadora / Él me impartió, / Ni cómo al creer en Su palabra / La paz obró en mi corazón».¹⁰ Ni es necesario que lo entendamos. Jesús lo implica en Su conversación con Nicodemo: «El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu» (Juan 3:8). Es a través de la palabra de Dios que somos

«nacido de arriba» (Juan 3:3, traducción del autor)¹¹ o «nacido del Espíritu» (Juan 3:6).

Los apóstoles entendieron esto, que «la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios» (Romanos 10:17), y que la palabra de Dios es el medio por el cual una persona experimenta el nuevo nacimiento: «Él [Dios], de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas» (Santiago 1:18). «Pues habéis nacido de nuevo, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre» (1 Pedro 1:23, NMB).

Pablo, hablando a Timoteo, hace la misma observación: «desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús» (2 Timoteo 3:15). Es por esta razón que Pablo llama a las Escrituras «la palabra de vida», porque a través de la obra del Espíritu nos transforman. Experimentamos «una nueva creación» (2 Corintios 5:17) y comenzamos a disfrutar de la vida eterna, la vida que viviremos en el cielo, ahora mismo (1 Juan 5:11–13), porque «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (Romanos 5:5). Ellen White lo describe de esta manera:

«El amor al hombre es la manifestación terrenal del amor de Dios. Fue para implantar este amor, para hacernos hijos de una misma familia, que el Rey de gloria se hizo uno con nosotros...; cuando amamos al mundo como Él lo amó, entonces Su misión se cumple para nosotros. Estamos preparados para el cielo; porque tenemos el cielo en nuestros corazones».¹²

El mensaje final que se dará al mundo prepara a la gente para el cielo porque el amor de Dios se revela a través de nosotros. Es un mensaje cautivador que atrae a la gente a la verdad: Los últimos rayos de luz misericordiosa, el último mensaje de misericordia que se dará al mundo, es una revelación de Su carácter de amor. Los hijos de Dios deben manifestar Su gloria. En su propia vida y carácter deben revelar lo que la gracia de Dios ha hecho por ellos. La luz del Sol

de Justicia debe resplandecer en buenas obras —en palabras de verdad y hechos de santidad.¹³

A medida que internalizamos este mensaje en nuestra vida diaria, la obra del Espíritu será visible para todos. Además de proclamar la verdad, debemos vivir la verdad. Eso fue lo que me resultó tan atractivo como joven ateo. Por la providencia de Dios, pasé un verano en la casa de un pastor adventista que con gusto me proporcionó muchos libros sobre la Biblia que respondieron a todas mis preguntas. Pero no fue solo la verdad que leí, sino la verdad que vi vivir a través de las interacciones entre padres e hijos, su tiempo de culto familiar diario y las deliciosas comidas vegetarianas que amablemente me ofrecieron. Ganó mi corazón y mi mente. Ciertamente vi lo que la gracia de Dios había hecho por ellos y fui bendecido sin medida por sus «palabras de verdad y hechos de santidad». Así es como Dios quiere que sea.

1. Ellen G. White, *Profetas y reyes* (Mountain View, CA: Pacific Press®, 1917), 188.
2. Ellen G. White, «The Conflict and the Victory», *Advent Review and Sabbath Herald*, 17 de diciembre de 1908.
3. Ellen G. White, *Testimonios para la iglesia* (Mountain View, CA: Pacific Press®, 1948), 5:81; cf. White, *El conflicto de los siglos* (Mountain View, CA: Pacific Press®, 1950), 608.
4. Un poco antes «los que impíamente actúen» se contrastan con «el pueblo que conoce a su Dios» (Daniel 11:32). Este último grupo también se describe como «los entendidos del pueblo», quienes «instruirán a muchos» (versículo 33). El mismo sustantivo hebreo *maskilim* («los sabios») se usa en todos estos pasajes, refiriéndose a aquellos que, a través de una comprensión de las profecías del tiempo del fin, apartan a la gente de la impiedad a la justicia.
5. Véase la cita anterior de Ellen White, *Profetas y reyes*, 188, que «Dios tiene en reserva un firmamento de escogidos que aún resplandecerán en medio de las tinieblas, revelando claramente a un mundo apóstata el poder transformador de la obediencia a Su ley».
6. La capitalización es del original. Este pasaje describe metafóricamente al pueblo de Dios con los topónimos «Judá» y «Jerusalén», como es común en los libros proféticos (véase, por ejemplo, Isaías 40:9; 62:1).
7. «Justicia y juicio son el cimiento» del trono de Dios (Salmo 89:14).
8. Ellen G. White, *El camino a Cristo* (Washington, DC: Review and Herald®, 1956), 63.
9. Véase Joseph H. Thayer, *Thayer's Greek-English Lexicon of the New Testament* (Hendrickson Academic, 1995), s.v. «ἔπεχω; epechō», §1907. Esta palabra griega (en su forma participial, *epechontes*) se traduce en muchas versiones como «manteniendo firme» (NKJV, ESV, NASB), «aferrándose firmemente a»

(NIV), o «manteniéndose en» (NET). Sin embargo, esto oscurece la imaginería de la luz utilizada por Pablo como metáfora para mostrar cómo la palabra de Dios ilumina nuestras mentes y guía nuestras decisiones.

10. Daniel W. Whittle, «I Know Whom I Have Believed» (1883).

11. La palabra griega *anōthen* no significa «otra vez» sino «de arriba». Nicodemo o bien malinterpretó las palabras de Jesús o las tergiversó deliberadamente al sugerir que significaban «entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer» (Juan 3:4). La idea de «nacer de nuevo», entonces, no viene de Jesús sino de Nicodemo (aunque Pedro habla de «ser renacidos» [*anagegenēmenoī*, 1 Pedro 1:23]). Jesús enfatiza que debemos tener un nacimiento milagroso del cielo por el Espíritu Santo para entrar en el reino de Dios.

12. Ellen G. White, *El Deseado de todas las gentes* (Mountain View, CA: Pacific Press®, 1940), 641.

13. Ellen G. White, *Palabras de vida del Gran Maestro* (Washington, DC: Review and Herald®, 1941), 415.